

El despliegue de una historiografía regional. Pasado reciente y presente de la investigación contemporaneísta en Aragón*

Carlos Forcadell Alvarez

Durante la transición democrática, y como en tantos territorios de lo que entonces se denominaba “el estado”, también en Aragón se reunieron unas “Primeras Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón” (Teruel, 1978), en las que se abordaron diagnósticos, críticas, programas y proyectos sobre toda clase de temas y saberes convenientemente “regionalizados”; su evocación, además de servir como punto de partida para las siguientes reflexiones, nos sitúa abruptamente ante el paso del tiempo, personal y colectivo, nos produce una sensación de melancolía, tan inevitable como perfectamente inútil, y nos obliga naturalmente a pensar y medir la magnitud de las transformaciones políticas, sociales y culturales, aplicadas, en nuestro caso, a la trayectoria que desemboca en la situación actual de la historiografía contemporaneísta en Aragón, base de un futuro inmediato ya en las puertas del siglo XXI.

Dos décadas después de 1978, la impresión que produce aquella primera valoración sobre la situación de la historia contemporánea en Aragón, promovida desde el ICE de la Universidad de Zaragoza, sugiere el mapa de un desierto o la fotografía de un despoblado, hasta tal extremo que ahora, cuando tenemos más dudas y menos seguridades que hace veinte años, nos puede asaltar la sospecha de si no oscurecimos, mas consciente o inconscientemente, un cuadro que, interesados en protagonizarlo nosotros mismos, imaginábamos blanco, virgen y sin comenzar.

Ciertamente, nadie parte de cero y exagerada e ingenua es la pretensión de proponerse, ni siquiera colectivamente, como faro de iluminar tinieblas, pero también es cierto que, como se pensaba que la historia contemporánea regional, tal y como se dibujaba entonces, era inexistente o se encontraba en un estado lastimoso, lo que se proponía era un programa de acción amplio, urgente y entusiasta, en el que se repe-

* Una versión de este texto fue presentada en las “I Jornadas de Estudios sobre Aragón en el umbral del siglo XXI” organizadas por el ICE de la Universidad de Zaragoza en Sabiñánigo (Huesca) en diciembre de 1998.

tía una monótona letanía en la que “las lagunas sobre el periodo fernandino eran espectaculares”, poco había investigado, y menos publicado, sobre la transición del Antiguo Régimen a la Revolución liberal, no existían monografías ni historia regional para las largas décadas de la Restauración, ni tampoco para la Dictadura de Primo de Rivera, para la que “carecemos de estudios que la abarquen por completo y aún de monografías”..., “no existe una obra de investigación sobre la guerra civil”, “el estudio del franquismo apenas si está en sus comienzos”...etc...etc., y todo ello sin salir de la más elemental cronología y temática.

Sin llegar, en éste como en otros terrenos, a una injustificada autocomplacencia, se impone el reconocimiento de importantes factores de crecimiento y de cambio en el panorama historiográfico aragonés, un fuerte desarrollo que ha transitado por los mismos caminos que la historiografía general española, bien reflejados, por lo demás, en los frecuentes balances y comparaciones que se hacen hoy con la situación de la historiografía contemporánea expuesta en 1979 en el X Coloquio de Pau, que fue el correlato nacional y coetáneo de nuestras primeras reuniones turolenses¹.

Lo que se ha denominado “primacía del contemporaneismo” en los estudios históricos puede deberse a unas demandas culturales genéricas más interesadas en asuntos y problemas recientes, a un “presentismo”, juzgado excesivo por algunos, de las concepciones históricas dominantes, pero en el caso español fue también una respuesta de la transición democrática contra la centralidad que la historia nacional franquista concedió tradicionalmente a las épocas medievales y modernas. En nuestro caso, si el panorama del contemporaneismo en Aragón es tan diferente al de hace veinte años, también se debe al hecho de que hasta mediados de los setenta la investigación y la producción historiográfica no iba cronológicamente mucho más allá del XVIII. Había en la Universidad de Zaragoza tradiciones consolidadas de estudios medievalistas, algo sobre el mundo antiguo, hagiografías imperiales sobre los siglos modernos, pero no existía ninguna tradición historiográfica contemporaneista y los siglos XIX y XX eran unos territorios perfectamente yermos, mientras que temática y metodológicamente su tratamiento discurría por las angostas vías de una historia política tradicional de mejor o peor factura. Es ésto lo que explica que hace veinte años tuviéramos que hacer más un programa sobre lo que había que hacer ante la imposibilidad de elaborar el balance de una ausencia..

De modo que de lo que hay que tratar aquí es del notable crecimiento y desarrollo que la Historia Contemporánea ha experimentando en Aragón durante los últimos veinte años, tanto desde un punto de vista temático como desde la aplicación

¹ *Estado actual de los estudios sobre Aragón (1979)*. Actas de las Primeras Jornadas celebradas en Teruel del 18 al 20 de diciembre de 1978, Zaragoza,. El balance sobre “Historia Contemporánea Aragonesa” (Vol. Y, pgs.397-422) fue elaborado, junto con J.A. FERRER, por tres profesores no numerarios de la naciente Facultad de Empresariales ;E. FERNÁNDEZ, C. FORCADELL y L. GERMAN. Aquel enteco balance historiográfico pudo ser contrastado con otras historiografías territoriales en 1979 en el X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau: E. FERNÁNDEZ, C. FORCADELL: *La Historia contemporánea aragonesa en los años 1970-1979*, en M. TUÑÓN, ed. (1980): *Historiografía española contemporánea*, Madrid, Siglo XXI.

de nuevas perspectivas y de metodologías renovadas, como análisis histórico regional y local aplicado al territorio aragonés, con clara dimensión comparativa, y como investigación sobre los problemas históricos generales más característicos de la historiografía española y europea actual, un trayecto que ha sido realizado siguiendo las mismas pautas de comportamiento de la historiografía en España, caracterizada por “un notable crecimiento en los últimos veinte años y por los esfuerzos de renovación que despliega desde los años ochenta”. Del mismo modo la situación de la historiografía contemporánea aragonesa hoy, así como la previsión de su inmediato futuro, procede de los sustanciales y positivos cambios producidos desde comienzos de los ochenta, y del ingente trabajo acumulado en las dos últimas décadas².

A la altura de hoy, y dado el volumen de material sobre el que hay que trazar un balance de situación, parece más conveniente proponer un análisis historiográfico que limitarse a una enumeración descriptiva de temas tratados, opción que tiene la ventaja añadida de permitir especular, más o menos inciertamente, sobre el presente y el futuro inmediato, conectando también con diversas iniciativas historiográficas actuales, afectadas por el “síndrome del fin de siglo”³.

Las pautas de crecimiento y desarrollo de la historiografía en Aragón han venido orientadas por factores, comunes a la historiografía española como ya se ha señalado, de una visible ampliación temática, de renovación teórica y metodológica, y sobre todo y muy especialmente a través de la historia local o de la multiplicación y reducción de la escala espacial, un camino por el que más ha crecido cuantitativamente la historiografía en Aragón y que sigue siendo masivamente transitado hasta hoy mismo por los contemporaneistas en general. Una primera síntesis de los factores de renovación temática y metodológica, posponiendo su valoración concreta para más adelante, nos indica que son fácilmente detectables un auge de los estudios e investigaciones de historia económica –de historia agraria en particular–, el planteamiento de una nueva historia social relacionada con algunos presupuestos de la sociología histórica, o si se quiere, la expansión de una historia social clásica, algunos intentos de renovación de la historia política, el nacimiento de las primeras investigaciones fundamentadas sobre la historia de la historiografía española, una clara primacía del contemporaneismo si se contempla globalmente la producción histórica, y un interés creciente y acentuado sobre el siglo XX, características todas ellas suficientemente visibles en la selección bibliográfica que se aporta al final.

A todos estos aspectos nos referiremos más adelante, pero antes, y dado que la investigación histórica en Aragón, reflejando siempre una tendencia general, viene ocupándose preferentemente de temas de historia local, de ámbitos reducidos, sobre marcos comarcales y territoriales específicos, voy a permitirme unas reflexio-

² C. FORCADELL (1996): *La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis*, “Studia Historica”, Universidad de Salamanca.

³ Véase el volumen coordinado por E. SARASA y E. SERRANO (1997): *La Historia en el horizonte del año 2000*, Zaragoza, IFC. Algo antes un curso de la Universidad de Verano de Gandía produjo un interesante libro: A. SAN MARTÍN (De.) (1994): *Fi de segle. Incerteses davant un nou mil·lenni*. En julio de 1999 se ha celebrado en Santiago de Compostela un masivo “II Congreso Internacional Historia a Debate”.

nes generales sobre los problemas que plantea la relación entre la investigación y el conocimiento históricos y la reducción de la escala espacial tan frecuente hoy en los estudios históricos.

La historia no cambia de naturaleza en función de sus diversas coordenadas temporales –unos días, una época, un siglo–, y tampoco lo hace cuando se proyecta sobre escalas espaciales tan distintas como un barrio, una localidad, un territorio comarcal o regional, o un ámbito nacional o internacional. El concepto de historia, la investigación y la transmisión del conocimiento de la historia contemporánea que se hace en Aragón o sobre temas aragoneses, tampoco cambia aunque distintas perspectivas, métodos y modas, constantes y crecientes procesos de especialización, hagan caer sobre la vieja Clío una lluvia de adjetivos: económica, social, política, cultural, demográfica, agraria, urbana, de género, de las mentalidades, de la vida cotidiana...

Pero ha sido por la multiplicación y la reducción de la escala espacial por donde más acusada e intensamente ha crecido la historiografía española, y ésto resulta evidente incluso si se repasan los contenidos de las revistas de historia más prestigiosas o los temas de las frecuentes reuniones y de los congresos especializados, desechando de momento la labor de beneméritos centros de estudios locales, servicios de cultura de Diputaciones, Consejerías autonómicas de cultura más o menos activas...Por tanto el notable peso de la historia sobre marcos reducidos nos sitúa en el terreno de la especialización historiográfica, para la que esas escalas reducidas vienen legitimadas por el tipo de problemas históricos planteados, más que por otro tipo de razones, una historia local o territorialmente delimitada cuya selección se filtra a las plataformas historiográficas nacionales y en la que no falta la preocupación por aspectos generales, el establecimiento y la verificación de hipótesis, el análisis comparativo, la carga teórica o el rigor metodológico.

La especialización estratégica de la investigación a través de estas vías (temática, metodológica y espacial) añade dificultades a la síntesis, una síntesis histórica más difícil, más escasa, siempre necesaria y demandada por la profesión, por la sociedad, por el público y por el sistema educativo. La historiografía española ya dispone de fuertes tradiciones de historia regional y local, pero resulta muy llamativa la ausencia o escasez de interpretaciones globales sobre los mecanismos de cambio social y político, incluso la disponibilidad de síntesis intermedias. En los años 80 era relativamente sencillo elaborar una historia regional aragonesa, pues se partía de un volumen de investigación más escaso, y en todo caso, dominable. Hoy, siendo mayor el conocimiento histórico, más técnico y especializado también, es más difícil elaborar síntesis, todo lo revisables y provisionales que se quiera. La prueba es que la última “Historia Contemporánea de Aragón”, fue elaborada en 1993 y, promovida por un medio de comunicación regional en forma de fascículos dominicales, compensó su tono divulgativo con el hecho de alcanzar una difusión de 100.000 ejemplares⁴.

⁴ *Historia Contemporánea de Aragón. Dos siglos cruciales: del XIX al XX*. (1993), C. FORCADELL, Coord., Zaragoza, Heraldo de Aragón, 431 pgs. El siglo XX, incluyendo ya una descripción de “la década socialista” en Aragón, ya ocupaba mucho más espacio que el XIX.

Nos podemos preguntar si las nutridas cosechas de investigación histórica local o regional que vienen caracterizando desde hace un par de décadas a la historiografía española y a la aragonesa se deben a causas y razones de carácter historiográfico, inherentes a la dinámica profesional de los historiadores, o deben algo o mucho a la ya larga coyuntura política que acompaña a la incierta ordenación del estado español e invita a multiplicar los factores diferenciales de un presente que tienden naturalmente a dotarse de una justificación historicista, si la reducción de la escala espacial viene legitimada por el tipo de historia que se hace y que hoy es exigible o responde a unas demandas de legitimación del presente autonómico.

Yo sostengo que la tendencia a la investigación histórica de carácter local y regional, su persistencia, y su constante expansión, tiene causas y explicaciones de carácter específicamente historiográfico, y que no puede ser despachada sin más como un producto de la “balcanización” política, institucional y universitaria, o de esa especie de federalismo competitivo por el que circulan los diversos vagones del tren autonómico. Desde los años ochenta, y de modo más acusado hoy día, el despliegue teórico y metodológico de la práctica historiográfica se encuentra necesariamente con marcos reducidos de análisis, sea por la ya antigua recepción de la influencia annalista, por la posterior recepción de una historia social cuyos problemas y métodos privilegiaban también el análisis de sociedades concretas sobre la cada vez más lejana centralidad historiográfica del marco político estatal, o por la actual sensibilidad, más conectada con planteamientos de antropología cultural, hacia temas de historia sociocultural, desde la sociabilidad hasta la vida cotidiana, historias de vida, historia oral, a la búsqueda del protagonismo y autonomía de un sujeto histórico que retorna para liberarse de la opresión a que fue sometido por por las envejecidas determinaciones estructurales impuestas por el funcionalismo, el estructuralismo, el marxismo clásico o las teorías de la modernización. Desde esta perspectiva poco debe la historia que es exigible profesionalmente hoy día a una simple y elemental legitimación de regionalismos políticos no muy pujantes o de unos nacionalismos con mayor grado de socialización pero no hegemónicos culturalmente. Y como se verá, yo sostengo también que esta realidad descrita también es visible desde el observatorio aragonés, una realidad que constituye hoy un tema central de debate y de reflexión historiográfica.

Lo cual no quiere decir que no existan demandas y manifestaciones de un presentismo historicista orientado políticamente desde afirmaciones regionalistas o nacionalistas, incluso nacionalistas españolas, como se desprende del contenido del último premio nacional de Historia concedido a un libro colectivo titulado “España. Reflexiones sobre el ser de España”, anclado en presupuestos teóricos tan envejecidos como reaccionarios.⁵ Hay un consenso unánime, más profesional que político, en que el conocimiento histórico hoy y en el inmediato futuro se ha construido y se practica contra el viejo historicismo, centrado en las peculiaridades o en la afirma-

⁵ Véase la crítica de J. S. PÉREZ GARZÓN: *Españoleando con la historia de la Academia*”, “El País”, 9 de diciembre de 1998.

ción de la individualidad diferenciada de cada nación o agrupamiento territorial, negador de todo método que opere con supuestos generalizadores, vigente en Europa hasta la segunda posguerra y en España hasta los años setenta, tanto como contra la mera acumulación de datos cercana a la erudición positivista. Unos pecados, los del historicismo y el positivismo, inexcusables para los profesionales, pero que no lo son tanto cuando se cometen con el corazón, por ejemplo desde un centro de estudios locales que busca reconstruir su identidad o recabar informaciones sobre su pasado histórico.

En cualquier caso la militancia regionalista o nacionalista suele ser un peligroso compañero de viaje para el conocimiento histórico. Como escribía Hobsbawm “es muy importante que los historiadores recuerden la responsabilidad que tienen, y que consiste ante todo en permanecer al margen de las pasiones de la política de identidad, incluso si las comparten. Después de todo también somos seres humanos”. La función nacionalizadora de la historia comenzó a mediados del XIX y, lamentablemente, perduró hasta mediados del XX, pero es algo que ha desaparecido del horizonte del historiador, más proclive, por lo general, a poner sus competencias profesionales al servicio de una causa militante, sea el ecologismo, la clase trabajadora, el neoliberalismo o el feminismo, que al servicio de causas nacionales o de identidad territorial⁶.

La legitimación de la abundante investigación histórica de carácter local o comarcal se sustenta en razones de eficacia metodológica y heurística, en la virtualidad de aportar un caso a una teoría o explicación establecida, contrastando, verificando o transformando hipótesis generales, o bien por el hecho de que el marco reducido es la escala ideal para relacionar aspectos económicos, sociales, políticos, culturales, para abolir las fronteras analíticas entre lo económico, lo político, lo social y lo cultural. Cuando las investigaciones históricas pretenden estudiar los fundamentos últimos de la organización y del cambio social o cultural, y su correlación con otras variables del comportamiento humano, los ámbitos espaciales se reducen extraordinariamente. Hay territorios históricos en los que la investigación ha de ser necesariamente de marco reducido, como el de la historia urbana, o el de la historia agraria, especialidades cuya obligada tradición de localismo explica que sean los ámbitos de investigación local que antes y con más madurez introdujeron categorías historiográficas, hipótesis contrastadas y un comparativismo sistemático. La historia local es historia social en sentido amplio sobre marcos reducidos, es el reino de la complejidad, exige un tratamiento cruzado de fuentes heterogéneas y proporciona mayores rendimientos cuando se aplica sobre plazos medios o marcos cronológicos amplios. Su práctica permite revelar esa combinación de coerción, consenso y resistencia que caracteriza toda forma histórica de estructuración social.

Todas estas explicaciones están orientadas a considerar que el desarrollo de la más consistente y ambiciosa historiografía española de ámbito local y regional sigue

⁶ C. FORCADELL: *Historiografía española e historia nacional: la caída de los mitos nacionalistas* (1998), Revista “Ayer”, nº 30, Madrid, Marcial Pons Ed.

este camino, un camino por el que también ha transitado la historiografía contemporánea reciente en Aragón, un camino diferente y ajeno al de la microhistoria italiana, pero que tiene las mismas raíces y pretende llegar a los mismos resultados, que arranca también, al igual que otras propuestas actuales de renovación historiográfica, de la crisis, más tardía entre nosotros, de los grandes paradigmas historiográficos marxistas y annalistas. Se trata, en el horizonte teórico y metodológico actual, de trasladar al análisis histórico planteamientos microanalíticos procedentes de la economía, de la sociología, de la antropología y de elaborar un utillaje compuesto ahora por los mismos conceptos de las ciencias sociales contrastados mediante una radical reducción del espacio de observación, de practicar un tipo de historia local que, de este modo, no se apartaría del marco histórico general de las teorías y de los procesos sociales. La mejor historia local que se ha desarrollado en los ámbitos académicos y profesionales europeos, y también en Aragón, se sitúa en esta perspectiva. En su formulación más radical importa más el método que el objeto espacial analizado, pues el objetivo se centra en estudiar una comunidad, del tamaño que sea, para descubrir un proceso social que al cabo la trasciende. Un antropólogo, Geertz, acuñó la contundente expresión de que “los antropólogos no estudian aldeas...estudian en las aldeas”, y un microhistoriador italiano, Giovanni Levi la tradujo en “gli storici non studiano i villaggi, studiano nei villaggi”, una propuesta radical en la que la escala, la comunidad, lo local, la comarca, el territorio, reducida a la condición de mero laboratorio para el historiador, resulta irrelevante.

Estos presupuestos, en cuya virtualidad, eficacia o actualidad historiográfica la comunidad internacional de historiadores tiene un consenso mayoritario, no dejan de conllevar problemas y contradicciones cuando se trasladan al terreno más llano, más próximo, más real, de las demandas de historia local, o de historia regional aragonesa en nuestro caso. Puede suceder, y de hecho sucede, que la dinámica del conocimiento e investigación histórica vaya en una dirección y las demandas o necesidades culturales vayan por otro distinto y alejado. Pueden existir ámbitos desconectados: el más profesionalizado o científico en el que se construye el saber histórico, el de las demandas sociales generales de conocimiento histórico, e incluso un tercero, muy importante, el de cómo se regula la transmisión del conocimiento histórico al sistema educativo. Yo me limito a plantear el problema, pero, en este caso, no pretendo poner la solución a un problema más general y propio de hoy y del inmediato porvenir, como es la articulación dialéctica entre lo local y lo global –lo “glocal”, dicen algunos–, unas referencias entre las que, en todos los terrenos, nos vamos a ver obligados a ir y venir, manteniéndolas conectadas.

En el plano de las demandas públicas de consumo de historia las cosas no están tan claras como en el terreno profesional, pues ciertamente existe un público que pide legitimaciones históricas de pasados peculiares y de identidades operativas cultural y políticamente, así como historiadores dispuestos a proporcionarlas y hay en el mercado historias nacionalistas, del País Vasco o de Cataluña, por ejemplo, de carácter esencialista y que reconstruyen un pasado tan imaginario como deseado; no pasan de ser parodias reactivas de las viejas historias legitimadoras de un pasado nacional español de carácter unitario que se remontaría hasta los visigodos y aún a

épocas anteriores, como es el reciente caso del Premio Nacional de Historia citado. Hay que procurar que cualquier síntesis sobre historia regional aragonesa evite estos peligros, como de hecho lo eluden los historiadores españoles, vascos o catalanes más profesionalizados, para los que el objeto de la historia no es “la Patria”, ni el reforzamiento de la identidad territorial o la persuasión nacionalista, sino los problemas y procesos históricos que afectan a los colectivos humanos.

Otra cosa es que la historia local y la investigación histórico social sobre marcos reducidos debe inexcusablemente retener el hecho de la existencia del Estado, un estado contemporáneo construido por elites liberales de todas las precedencias territoriales y desde todos los rincones de la vieja monarquía, y cuyas decisiones y nuevas instituciones establecen unas nuevas reglas de juego que construyen o reformulan nuevas identidades comunitarias, provinciales, comarcales o locales, unas identidades que no son eternas y mudan con el transcurso del tiempo. Las comunidades locales han de adaptarse a los procesos de nacionalización, y una parte central de la historia de cualquier comunidad consiste precisamente en observar como se produce el salto de la sociabilidad local tradicional, más aislada económica e ideológicamente, a las diversas redes de socialización y de nacionalización, del mercado, de la política y de la cultura. Pero una cosa es retener la existencia del marco nacional y otra hacer historia nacionalista.

Todo lo expuesto hasta aquí son los términos y los presupuestos del desarrollo historiográfico actual, de modo que la cuestión ahora es ver cómo y en que medida se ha reflejado en lo que hacen los historiadores aragoneses hoy, o en cómo éstos intentan abordar los posibles conflictos y contradicciones entre la lógica profesional de lo global y las genéricas demandas culturales locales o territoriales. La conciencia de esta tensión en la práctica historiográfica es detectable: por ejemplo, cuando hace unos años (1995) se publicó el primer número de una revista de un centro de estudios locales de Daroca (“El Ruejo”), ciudad y comarca deprimidas como sabemos, el entonces fogoso becario de investigación que presenta la publicación, puede escribir sobre la necesidad de “mantener el diálogo entre el material empírico y las categorías del conocimiento”, advirtiéndole que las hipótesis y las interpretaciones habían de tener validez “más allá de los torreones de la ciudad”, lo cual no sé que efecto causaría a sus paisanos aficionados a la historia de su comunidad, a quienes se les ofertaban artículos sobre la propiedad de la tierra, el poder local, el uso y la privatización de montes públicos, el franquismo en la comarca, temas todos conflictivos que podían tener la función de reconstruir la memoria colectiva, pero que no proporcionaban ciertamente una imagen de cohesión comunitaria ni de identidades compartidas, sino más bien la rememoración, bien real, de unas identidades escindidas y enfrentadas en el escenario local. Sólo que una historia de estas características, escasamente complaciente con el pasado local, resulta ser bien recibida.

Yo mismo me permití prologar una colección de artículos sobre historia del Bajo Aragón en el siglo XIX bajo el rótulo de “Historia del Bajo Aragón, la historia en el Bajo Aragón”, perfectamente prestado de Giovanni Levi y de las virtudes, o vicios, de la antropología cultural, introducción en la que proponía nada menos que “aplicar más la cabeza que el corazón en defensa de que la definición espacial es una

excusa en forma de laboratorio para verificar problemas del conocimiento histórico, para hacer la historia en una escala apropiada, independientemente de la identidad o de los sentimientos de quienes habitan la escala”, lo cual, bien pensado, resulta ser casi, afirmado en este concreto entorno, una pedantería con algunas gotas de crueldad. Pero el libro, “Aceite, Carlismo y conservadurismo político. El Bajo Aragón durante el siglo XIX” tuvo el apoyo decidido de las instituciones bajoaragonesas, ha tenido un cierto éxito, y ha sido objeto de reseñas y comentarios mucho más allá de las almenas del castillo y de la torre de la Colegiata de Alcañiz, en el exigente mundo de la historiografía local catalana, y refleja bien cómo la historia que se hace hoy, por sus temas y por sus métodos, es diferente de la que se hacía hace treinta o cincuenta años.

Este esfuerzo, con aciertos o desaciertos, de conectar la lógica profesional de historiador con las demandas locales, territoriales o regionales, va dejando abundantes testimonios. Recientemente, la comunidad de Samper de Calanda demandó una historia del pueblo, el ayuntamiento financió generosamente la investigación y la publicación, y un profesional la escribió con el título de “A las puertas de la memoria. La historia local en Samper de Calanda 1850-1870” (1997), pues en definitiva no es descabellado partir del presupuesto de que los factores de cohesión comunitaria quedaron destrozados, desde las guerras carlistas hasta la guerra civil, por factores que provenían de unas ventoleras históricas exteriores a la comunidad. Otro caso en el que una demanda identitaria de una comunidad, satisfecha por un profesional exigente, entra en los temas claves del pasado común: propiedad, montes, comunales, estructura y ejercicio del poder, guerra civil, franquismo, emigración y elabora una imagen escasamente complaciente del pasado de la aldea. Con ello se ha conseguido remover profundamente la memoria colectiva del pueblo, que ha tomado partido públicamente a favor y en contra del libro, agotando la edición en breve tiempo. A nadie que conozca bien el pasado de una comunidad local se le ocurre proponer ningún tipo de idealización localista, pues es el que mejor sabe que el pasado de la comunidad no es precisamente ejemplar, sea un historiador o un miembro de la misma.

De modo que hay una lógica profesional de los historiadores, pero también hay otra lógica que tiene tanto valor como legitimidad, la de la localidad, comarca, territorio o región que, desde el no menos legítimo amor a lo propio, demanda una historia en la que puedan ser virtudes lo que para la investigación académica son pecados: la acumulación positivista de datos o el refuerzo imaginario de la identidad. El principal problema que se nos presenta desde esta perspectiva consiste en adaptar esta lógica profesional desde el marco académico, universitario o global, a las demandas de historia local, o promoverlas decididamente, sin renunciar al arsenal teórico y metodológico propio de nuestro presente, pero procurando traducirlas a las demandas sociales de conocimiento histórico.

La historia local y de marcos reducidos, especialmente la reciente y contemporánea, además de desembocar en el mundo restringido de la academia o de los congresos que reúnen a la comunidad de historiadores, puede y debe contribuir a la recuperación de la memoria colectiva de las comunidades, una memoria colectiva cons-

truida sobre muchas identidades, y no sólo sobre la territorial y la nacional, que no creo que haya sido ni sea hoy la que más peso tiene, cuando convive al lado de identidades de clase, culturales, de oficio, de género, ideológicas...etc.

De todo lo cual se puede ir deduciendo que no creo que el problema de la síntesis histórica pase por construir una historia nacional sobre la suma de parciales historias territoriales, ni por elaborar una historia regional presuntamente diferente mediante la suma de la abundante cosecha historiográfica local o regional, lo cual no quiere decir que no haya que ofertarlas al mercado que las demanda, pero con las cautelas expresadas y desde el rigor profesional, con lo cual el producto se verá sensiblemente mejorado, al igual que la calidad exigente de algunos modelos de historia local contemporánea elaborados recientemente ha redundado en beneficio de su incidencia cultural.

Y llegados aquí, ahora corresponde descender al análisis y descripción de la historiografía desplegada recientemente en Aragón, a la nómina de temas estudiados, a la caracterización de sus presupuestos teóricos y metodológicos. Para ello este texto va acompañado de una relación de 50 títulos, publicados (o pendientes de edición) a lo largo de los diez años que median entre 1989 y 1999, advirtiendo que es una selección bibliográfica y de investigaciones de la historiografía más representativa que se hace en Aragón a mi juicio, una selección personal que no es exhaustiva, ni siquiera completa, pero que está elaborada con el criterio de que refleje las propuestas teóricas y metodológicas arriba referidas, una amplia muestra de títulos que si no resuelven, por lo menos se plantean esa tensión entre la lógica profesional y las demandas de conocimiento histórico anteriormente expuestas, y que en buena parte han merecido la atención del mercado editorial nacional. Son, por tanto, investigaciones profesionales, generadas desde la Universidad y por profesores y becarios en la mayor parte de los casos, orientadas en su mayor parte por los cánones procedentes del horizonte teórico y metodológico descrito. Es en este apéndice donde se encuentran las referencias bibliográficas completas de las publicaciones e investigaciones que se citan a continuación.

Las últimas décadas han constatado un extraordinario auge en los estudios e investigaciones de historia económica en España, y sus practicantes han sido los primeros en desmontar viejos paradigmas de una historia nacional llena de fracasos, excepcionalidades, culpas y desastres, mostrando a la vez los positivos efectos que para la comprensión e interpretación históricas supone pensar en largos plazos temporales. Para Aragón disponemos ya de una rigurosa cuantificación y una excelente interpretación de la evolución del sector agrario, y de sus principales componentes (población activa, rendimientos, cambio técnico, producción agrícola, ganadera, forestal...), entre 1850 y 1935 (Pinilla, 1995), de nuevas investigaciones y explicaciones razonadas sobre el proceso de industrialización regional (Germán, 1990, 1998), así como de un mejor conocimiento de la demografía en el primer tercio del siglo XX, el sector eléctrico, la banca regional, las características y efectos de la crisis agraria finisecular, la emigración, empresas como Averly (Sancho, 1997)..., incluso de síntesis sobre los avances de la historia económica en Aragón (Fernández Clemente, 1991).

Otra característica genérica de la historiografía contemporánea española reciente ha sido el surgimiento y desarrollo de una nueva historia social, de una historia social no desprendida de la política y de las relaciones de poder, con la intención y el propósito de dotar de “rostro humano” a los colectivos y a los agentes sociales. A la reconstrucción de las magnitudes y de la evolución histórica de las principales variables del sector agrario aragonés, tarea previa y necesaria dado el alto grado de especialización agropecuaria de la economía regional hasta fechas muy recientes, ha seguido la investigación y el estudio de unas “relaciones sociales agrarias”, que han sido en Aragón unas relaciones sociales predominantes, principales mediadoras entre las bases económicas de la sociedad y el comportamiento político y cultural de sus miembros. Aragón ha sido un territorio de labradores y campesinos articulado básicamente sobre unas comunidades rurales compuestas mayoritariamente por un pequeño e ínfimo campesinado propietario, diversamente asociado con la mayor o gran propiedad. (Forcadell, 1995).

Este ha sido y va a seguir siendo un terreno especialmente fértil para la investigación contemporánea en Aragón, con temas e interpretaciones que comparecen habitualmente en congresos, revistas y publicaciones de ámbito general. Se han estudiado en profundidad y a largo plazo los mercados de la tierra y del crédito en las Cinco Villas (1850 –1930) observando como repercuten en ellos las concretas relaciones de poder (A. Sabio, 1996); otra comarca aragonesa privilegiada en punto al conocimiento de su historia profunda es el Campo de Cariñena, en la que se han estudiado minuciosamente las transformaciones agrarias y el protagonismo económico y social de los campesinos viticultores entre 1860 y 1930 (A. Sabio, 1995).

Estos temas exigen una reducción de la escala espacial y una depurada metodología de historia local y, con toda seguridad, serán transitados para otras comarcas aragonesas en el inmediato futuro. También se han establecido las bases del conocimiento de cuestiones tan determinantes como la repercusión de la crisis agraria de finales del XIX en la economía y en la sociedad aragonesas, la incidencia en la estructura y en los procesos de diferenciación social de la privatización de los bienes comunales, el papel y la funcionalidad de los montes públicos (A. Sabio, 1997), un tema sobre el que también hay en marcha proyectos colectivos de investigación para Teruel...etc.

Más reciente es el interés por conocer más pormenorizadamente e interpretar el complejo mundo del asociacionismo agrario en Aragón desde finales del siglo XIX, cuyo estudio ha comenzado para la provincia de Zaragoza entre 1890 y 1923 (G. Sanz, 1996): los propietarios organizan sus intereses en asociaciones, aconfesionales –Asociación de Labradores de Zaragoza– o católico sociales, estableciendo unas concretas redes de poder y de control social con vocación integradora, de lo que hasta ahora la mejor muestra es una reciente publicación sobre la comarca del Moncayo (G. Sanz, 1997) y, sobre todo, la tesis doctoral defendida en septiembre de 1999 por la misma autora sobre “Organización y movilizaciones agrarias en Aragón: grupos de interés, gestión comercial e intervención política. 1880-1930”. La investigación reciente en historia contemporánea se ha orientado, pues, hacia problemas que, si no son exclusivos de la sociedad aragonesa, sí que son marcadamente característicos

de la misma, concediendo protagonismo historiográfico a lo que tuvo realmente (preocupaciones, acciones, ideas...) protagonismo histórico en su época. La persona y la obra de Costa van quedando mejor perfiladas en estos últimos años (Fernández-Clemente, 1981), habiendo constituido la antología de textos de A. Orti (1996) uno de los mejores resultados de la celebración del 150 aniversario de su nacimiento, al igual que la edición del primer volumen de escritos agrarios de Costa (Gómez Benito, Orti, 1998)

Menor atención se ha prestado a los estudios sobre historia urbana, aunque se hayan elaborado buenas investigaciones, siempre para el caso de Zaragoza, sobre la Zaragoza de mediados de siglo (M.R., Jiménez, 1990), la configuración del espacio burgués que significó la calle Alfonso a mediados del XIX (N. Torguet, 1987) o sobre el urbanismo zaragozano en el Sexenio Democrático (D. Buesa), y se disponga de alguna síntesis menor sobre el momento crucial del cambio urbano –1900-1930– en la capital aragonesa (E. Fernández, C. Forcadell, 1992), algunos de cuyos aspectos son tratados parcialmente en otras investigaciones de historia social y política centradas en este periodo, o en síntesis divulgativas como los volúmenes dedicados al siglo XIX y XX de la nueva “Historia de Zaragoza” promovida y publicada por el Ayuntamiento (1998).

La historiografía sobre nuestro siglo XIX no ha alcanzado sobre la debatida cuestión de la “transición del Antiguo Régimen”, o de la “revolución liberal burguesa”, la densidad y pluralidad de enfoques (económico, político, ideológico...) que caracteriza a la historia contemporánea en otros territorios vecinos (Cataluña, Valencia...); el mejor relato sobre la disolución del régimen señorial en Aragón permanece sin publicar (C. Franco de Espes, 1984) y disponemos de un buen análisis prosopográfico de los diputados aragoneses entre 1868 y 1874 (G. Martínez de Espronceda, 1997). Bien por el contrario, se ha renovado con éxito en el estudio del carlismo y del funcionamiento político del sistema de la Restauración. P. Rujula (1995, 1997) ha aplicado a la comprensión del carlismo en Aragón las perspectivas que han venido desarrollándose con gran empuje en la historiografía española desde los años ochenta, incorporándolo con ello al debate historiográfico general. C. Frías (1992) ha participado de la importante, y todavía activa, revisión historiográfica que en los últimos años se ha llevado a cabo sobre elecciones, partidos políticos y el comportamiento político de las élites y de los ciudadanos en la Restauración canovista (1875-1898) con sus investigaciones y publicaciones sobre Huesca, la provincia aragonesa mejor estudiada y conocida hasta hoy para este periodo. Un estudio similar sobre la provincia de Zaragoza durante la Restauración permanece inédito (M. Serrano, 1997).

La edición revisada (1985) del libro de J.A. Biescas sobre “El proceso de industrialización en la región aragonesa. 1900-1920” continua siendo la mejor presentación de un análisis económico regional para los cambios y transformaciones de las primeras décadas del siglo XX; también ha sido abordado el análisis de la conflictividad social y del potente sindicalismo zaragozano entre 1916 y 1923 (L. Vicente, 1993), así como el estudio de los principales medios de una prensa zaragozana que comenzaba a ser de masas (L. Alvar, 1996). Para este periodo es la ciudad de Zaragoza la que ha concentrado la mayor parte de la investigación, alguna de ella todavía

inédita, como es el caso del análisis histórico social que propone la tesis doctoral de I. Bueno (1995) sobre “Burguesía y clases medias en la ciudad de Zaragoza en el periodo de entreguerras 1918-1936”. En general, y para el primer tercio del siglo XX, la principal novedad se encuentra en los bien informados cuatro volúmenes con los que E. Fernández (1997 ss.) intenta un ejercicio de “historia total” sobre los tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera en Aragón.

Los panoramas generales sobre el Aragón republicano han sido profundizados, siempre para el escenario zaragozano, por la publicación de las investigaciones de E. Montañés (1989) sobre la cultura y la política cenetista en los años treinta y de M. Ardid (1996) sobre la estructura de clases y la política municipal en la Zaragoza republicana. En los últimos diez años, la práctica de una historia social renovada, tan exigente teórica y metodológicamente como receptiva de las principales corrientes historiográficas europeas, y que refleja a la vez el creciente interés por el siglo XX y por temas de historia reciente, debe mucho a las investigaciones propias y dirigidas de J. Casanova, quien inició planteamientos historiográficos normalizados sobre la guerra civil en Aragón (1985) describiendo y evaluando en sus justos términos un tema tan controvertido como el de las colectividades agrarias en el Aragón republicano. De un sólido programa de investigación se derivan obras colectivas posteriores sobre la represión franquista en Aragón (Casanova, Cenarro, Cifuentes, Maluenda, Salomón, 1992), sobre los orígenes del franquismo en la provincia de Zaragoza (Cifuentes, Maluenda, 1995), análisis integrados sobre el franquismo en Aragón (Cenarro, 1997)..., y otras investigaciones en distinto grado de elaboración y pendientes de publicación; Con ello, y con las aportaciones de M.A. Ruiz-Carnicer (1997) a la historiografía general de los procesos socializadores del franquismo en la juventud, con otras investigaciones en vías de realización sobre la Sección Femenina (I. Blasco) y sobre la resistencia del maquis (M. Yusta) –que entran ya, decididamente, en la utilización de técnicas y métodos de historia oral–, se puede afirmar que la historia contemporánea aragonesa sobre la guerra civil y el primer franquismo, inexistente hace quince años, ocupa hoy un lugar destacado en la historiografía española.

También ocupan los contemporaneistas aragoneses un lugar preferente en un territorio tan actual como es el de los temas de Historia de la Historiografía, para los que las obras –suscitadas por J.J. Carreras, el profesor que más y mejor ha enseñado a pensar históricamente a varias generaciones de historiadores aragoneses–, de G. Pasamar (1991) e I. Peiro (1996) son de obligada referencia, como lo será en el futuro su ambicioso “Diccionario de Historiadores Españoles contemporáneos 1840-1980”, a publicar por la editorial Akal en el año 2.000. Otras tendencias generales, como la atención a las biografías, no se han desarrollado tanto, aunque ya comience a haber alguna muestra eficaz, como la publicada sobre J. Maurín (A. Bonson, 1995), así como una cierta acogida editorial del memorialismo personal (S. Agudo, 1992 y 1998, M. Constante, 1995...etc.). Una adelantada monografía se ocupa de la transición democrática en la provincia de Huesca (Bonson, 1997), mientras que el 25 aniversario de la fundación de “Andalán” ha dado lugar a un libro recordatorio que tiene mucho de análisis sobre la transición política en Aragón (C. Forcadell, Ed., 1997).

Ha sido por la historia local y por la multiplicación y reducción de la escala espacial por donde más ha crecido cuantitativamente la historiografía contemporánea española, y el contemporaneismo en Aragón ha recorrido el mismo camino, y también más por razones de método que por tentaciones historicistas. La mayor parte de la producción historiográfica seleccionada ha sido elaborada sobre marcos espaciales reducidos: localidad, ciudad, comarca... La tendencia a practicar una historia local más exigente, depurada metodológicamente, es bien visible, según nuestra perspectiva, en la Historia Contemporánea en Aragón. Así lo demuestran los volúmenes publicados para el Bajo Aragón en el siglo XIX (1995) y en el siglo XX (1997), los propósitos del I Congreso de Historia Local Aragonesa (Mas de las Matas, 1997), cuyas actas son el mejor instrumento para conocer el estado actual de la investigación contemporaneista en Aragón, la continuación de este programa en el II Congreso de Historia Local (Huesca, 1999), o las más recientes historias locales, como es el caso de la de Borja (H. Lafoz, P. Rujula, 1995), la de Samper de Calanda (A. Sabio, 1997), o la de Alcorisa (P. Rujula, 1998), en las que encontramos las mejores muestras de unas historias locales que demandan los pueblos, financian los ayuntamientos y escriben los profesionales. Todas estas reuniones y publicaciones dibujan a finales de los años 90, un panorama radicalmente transformado si se compara con el existente hace veinte años.

La progresiva profesionalización de la investigación y la escritura de la historia resulta bien patente si se observa que toda la historiografía reciente citada hasta aquí es una producción académica y universitaria. De ella se puede afirmar que, por lo general, elude el peligro del tradicional positivismo limitado a la recopilación de datos, así como el de un historicismo, metodológicamente obsoleto, proyectado sobre una concepción esencialista o patriótica de Aragón, manifestándose inmune a los peligros con que el regionalismo o nacionalismo políticos acostumbran a deformar y a mitificar el conocimiento histórico.

Los diez encuentros, promovidos desde el ICE entre 1985 y 1995 sobre “Metodología de la investigación científica sobre fuentes aragonesas” ofrecen un amplio y útil repertorio sobre la utilización de fuentes históricas muy diversas: registros parroquiales y civiles, censos municipales, censos de población, catastros, amillaramientos, protocolos, prensa, censos electorales, precios y salarios, haciendas municipales, señoríos, represión política, montes públicos, documentación judicial, urbanismo... Por el contrario, como ya se ha señalado y al igual que sucede en historiografía española, no existen síntesis generales, o de síntesis de medio alcance que faciliten la transmisión de los avances recientes en el conocimiento histórico regional, mientras que las hechas hace ya tiempo resultan ya bastante obsoletas pues no recogen la abundante investigación desarrollada en los últimos años.

El proyecto más interesante organizado por los contemporaneistas aragoneses ha consistido en aplicar la lente de la historia contemporánea, concebida desde cánones teórico metodológicos actuales y comunes al conocimiento histórico general, al estudio del pasado de las comarcas históricas o actuales del territorio aragonés. A ese propósito respondió tanto el volumen de la revista “Al-Quannis” dedicado al Bajo Aragón en el siglo XIX, como la organización en 1997 del que fuera denominado “I Con-

greso de Historia local aragonesa” celebrado en Mas de las Matas, en el que se presentó un segundo volumen dedicado a la historia del siglo XX, también en el Bajo Aragón y el Maestrazgo. En el citado II Congreso de Historia Local (Huesca, 1999) se presentó, con el más ambicioso título de “La historia local en la España Contemporánea. Estudios y reflexiones desde Aragón” una tercera recopilación de investigaciones recientemente publicada por la revista “L’Avenç”, muy atenta, como es sabido, al mundo de la historiografía local en general.

Estos tres volúmenes de estudios contemporáneos publicados entre 1995 y 1999 testimonian bien las diferencias entre la historia que se hace hoy y la que se hacía hace cincuenta o cien años. Los trabajos sobre el Bajo Aragón y el Maestrazgo proyectan temas y métodos actuales sobre un espacio con fuertes tradiciones de historia local y de cultura histórica, de modo que hoy sigue siendo una de las comarcas sobre las que más información y elaboración histórica se dispone. El proyecto se llevó a cabo poniendo en contacto la oferta disponible de investigación universitaria y profesional con las demandas de historia local existente y operativas en la sociedad aragonesa, más visibles en los centros de estudios locales de la franja oriental próxima a las tierras catalanas, y pretende mantener una continuidad aplicando los mismos presupuestos a otras comarcas aragonesas. Los historiadores catalanes prestaron especial atención a esta primera reunión de Mas de las Matas, y captaron bien el hecho de la importante participación universitaria y del peso de la iniciativa profesional en el desenvolvimiento de la historia local aragonesa, lo cual les parecía positivo, desde una situación como la catalana en la que la mayor fortaleza de la sociedad civil explica la existencia de tal número de centros y de tradiciones de historia local que es difícilmente atendible desde las universidades catalanas, aunque sus dotaciones humanas sean mucho más numerosas. En Aragón, un territorio tan amplio como escasamente poblado, se genera una demanda cultural menor, lo que se traduce en que el número más reducido y accesible de centros de estudios locales, lo cual facilita la conexión con los departamentos universitarios y con las investigaciones en marcha.

Esta experiencia responde en cierta medida a las propuestas aquí planteadas y supone sistematizar y planificar este encuentro entre la oferta investigadora y las demandas locales y territoriales articuladas por sus centros de estudios. Naturalmente que resultaría una impertinencia proyectar sobre las identidades locales y comarcales la convicción de que esas coordenadas espaciales son un mero instrumento de laboratorio para la investigación histórica, aunque ese presupuesto forme parte de la estrategia investigadora. Pero una razonable combinación de la metodología de la historia local más exigente, tal como es propuesta hoy desde muy distintos ángulos de la teoría social, con las demandas culturales de la sociedad civil territorialmente articulada puede tener buenos resultados. La cuestión consiste también en limar y filtrar el academicismo de origen y hacer accesibles las informaciones e interpretaciones derivadas de una muy concreta documentación local; otra exigencia historiográfica actual pasa por escribir bien, a lo que se añade el legítimo orgullo de esas comunidades que ven como su propia historia es objeto de atención de revistas especializadas o de labores editoriales de alcance nacional; como ha escrito un historiador

local valenciano “a nadie se le exige ser un narrador excelente, pero tampoco forma parte de nuestras obligaciones la de aburrir a las piedras”.

Tenemos pues la experiencia de que allá donde existen fuertes tradiciones de historia local desde fines del XIX, interrumpidas, por cierto, durante el franquismo, ayuntamientos y centros de estudios deciden financiar nuevas historias locales y se dirigen a los Departamentos universitarios para elaborarlas. Por lo que se refiere a la historia contemporánea o reciente lo que se oferta es un relato histórico escasamente idílico o complaciente, alejado de las glorias y fastos de la colectividad o de la invención de falsos consensos culturales, guiado por una reconstrucción de patrimonios y propiedad utilizando esa documentación (amillaramientos, padrones municipales, censos electorales...) que permite reconstruir la realidad social desde mediados del XIX casi a la escala 1/1 del mapa que soñaba Borges en “El Hacedor”, seguida por el análisis del asociacionismo agrario, la estructura del poder local, el uso de los recursos de comunales, montes públicos, agua..., y enfilada hacia la recuperación de la memoria colectiva reciente, desde los años republicanos hasta la guerra civil, el primer franquismo y la emigración.

La de la historia contemporánea en los últimos quince años ha sido, pues, en Aragón una buena cosecha, pero su aseguramiento y proyección futura dependen de la existencia de unas condiciones favorables. Sería de desear un marco institucional, tanto político como universitario, más preocupado tanto de la investigación como de la acción cultural. No existe en Aragón alguna revista de historia que permita canalizar periódicamente la investigación ni la alta divulgación de los temas estudiados, lo cual tiene bastante que ver con la estrechez del mercado editorial regional. La iniciativa editorial privada es hoy más débil que hace quince años y tampoco el Gobierno de Aragón acaba de tener definida con rigor una política cultural de ediciones y de financiación de las investigaciones. Más meritoria es la función de los centros de estudios locales (Borja, Tarazona, Daroca, Monzón, Barbastro, Mas de las Matas, Alcañiz...etc.), articulados con unas Diputaciones Provinciales que son las que suministran el principal apoyo a las publicaciones históricas, siendo de destacar la labor editorial de la Institución Fernando el Católico de Zaragoza.

La política cultural del gobierno aragonés puede ser calificada en este terreno de ausente o errática. El que su financiación para el I Congreso de Historia Local de Mas de las Matas ascendiera a la enorme cantidad de 100.000 ps. es una anécdota que resalta más cuando se la compara con el entusiasmo y los recursos aportados por diversos centros e instituciones locales y comarcales, pero el que nuestra comunidad autónoma, con sus transferencias a cuestras, se permita convocar, cuando las convoca, un número enteco y ridículo de becas y ayudas a la investigación, es algo más que una anécdota, cuando se conoce la política más decidida, ambiciosa y generosa de otras comunidades autónomas, incluidas las castellanas o la andaluza. El becario de la Junta (de Castilla León, de Andalucía), o de la Generalitat (de Cataluña, de Valencia), por no hablar del Gobierno Vasco o Navarro, es una figura tan habitual en la comunidad de jóvenes historiadores como escaso es el becario de nuestra Diputación General. Asegurar el futuro inmediato precisa que no se regateen a la baja las dotaciones de recursos económicos y humanos de las

enseñanzas, medias y universitarias, transferidas, así como las de la investigación en general.

Pues el problema central, sobre todo desde la perspectiva profesional que ha orientado esta exposición, es el de la renovación del profesorado universitario. En la España de los 90 ha sucedido, con una cronología un poco más tardía, lo que sucedió en el mundo universitario francés, anglosajón y alemán en los años ochenta, una congelación o disminución del profesorado y de la contratación universitaria. En Gran Bretaña las medidas de reducción del profesorado universitario significaron un descenso del 10% en el número de tesis de historia presentadas entre 1978 y 1984, en Estados Unidos la caída llegó al 50% en los años setenta. La estabilización de las plantillas de profesorado, tanto en secundaria como en la Universidad, si se prolonga mucho tiempo, acentúa el envejecimiento del conjunto del cuerpo docente e investigador “con el inevitable cortejo de inconvenientes resultantes de esta deformación de la pirámide de edades: disminución de la producción, agotamiento de la imaginación, cerrazón ante las novedades...”⁷ Estos procesos están presentes en la Universidad española, y en la de Zaragoza en particular, desde los primeros noventa; de su corrección o inversión depende principalmente que dentro de otros veinte años la historiografía hecha en Aragón o sobre Aragón haya avanzado lo suficiente para ser en volumen y calidad muy diferente de la actual y se encuentre al nivel de la historiografía avanzada del futuro, que es de lo que se trata.

50 títulos representativos de historia contemporánea en Aragón (1989-1999)

Historia agraria, historia económica.

PINILLA, V. (1995): *Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés 1850-1935*, Madrid, Ministerio de Agricultura.

GERMÁN, L. (1990): *La industrialización de Aragón. Atrazo económico y dualismo interno (1830-1930)*, en Nadal, Carreras: “Pautas regionales de la industrialización española (Siglos XIX-XX)”, Barcelona, Ariel.

GERMÁN, L. (1998): *Especialización industrial harinera y transformaciones empresariales. Aragón 1845-1995*, Fundación Empresa Pública, Madrid.

SANCHO, A. (1997): *La fundición Averly de Zaragoza 1880-1930. Producción y mercado de Trabajo*, Tesis doctoral.

FERNÁNDEZ, E. (1991): *Aragón en la Historia Económica reciente*, “Papeles de Economía Española”, n° 10.

⁷ Palabras del historiador francés R. REMOND (1985), citadas por G. NOIRIEL (1997): *Sobre la crisis de la Historia*, Universidad de Valencia.

Relaciones sociales de propiedad, uso de factores productivos, organizaciones de intereses...

- FORCADELL, C. (1995): *La difusión de la pequeña propiedad campesina en Aragón durante el siglo XIX: estrategias campesinas hacia la propietarización*, en “Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a M. Artola”, Vol. 2, Madrid, Alianza Ed.
- SABIO, A. (1996): *Los mercados informales de crédito y tierra en una comunidad rural aragonesa (1850-1930)*, Madrid, Banco de España.
- SABIO, A. (1995): *Viñedo y vino en el Campo de Cariñena: los protagonistas de las transformaciones (1860-1930)*, Zaragoza, IFC.
- SABIO, A. (1995): *El bosque no se improvisa: los montes públicos en Huesca 1850-1930*, Huesca, IEA.
- SANZ, G. (1996): *Las organizaciones de propietarios agrarios en la provincia de Zaragoza. Redes de poder, estructura comercial y control social. 1890-1923*, Tesina de Licenciatura.
- SANZ, G. (1998). *Propietarios del poder en tierras del Moncayo. Organización agraria y gestión de recursos en la comarca de Tarazona 1880-1930*, CET, Tarazona.
- SANZ, G. (1999): *Organización y movilización agrarias en Aragón: grupos de interés, gestión comercial e intervención política 1880-1930*, Tesis Doctoral.
- FRÍAS, C. (Ed.,1996): *Tierra y campesinado. Huesca, siglos XI al XX.*, IEA, Huesca.
- FERNÁNDEZ, E (1989): *Estudios sobre Joaquín Costa*, Univ. de Zaragoza.
- ORTÍ, A.(1996): *En torno a Costa* , Madrid, Ministerio de Agricultura.
- GÓMEZ BENITO, C., ORTÍ, A. (1998): *Joaquín Costa. Escritos agrarios. Vol. I. Escritos de juventud 1864-1871*, IEA y Comunidad General de Riegos del Alto Aragón, Huesca.

Historia Urbana

- JIMÉNEZ, M. R. (1990): *Espacio urbano y sociedad. Estudio del padrón municipal zaragozano de 1857*, IFC, Zaragoza.
- TORGUET, N. (1987): *La reforma urbana en la Zaragoza de mediados del siglo XIX: la apertura de la calle Alfonso*, Ayuntamiento de Zaragoza.
- BUESA, D. (1991): *Zaragoza 1868-1874: urbanismo y sociedad*, Tesis Doctoral.
- FERNÁNDEZ, E., FORCADELL, C. (1992): *Crecimiento económico, diversificación social y expansión urbana en Zaragoza 1900-1930*, en “Las ciudades en la modernización de España” (J.L. García Delgado Ed.), Madrid, Siglo XXI.

Historia de la Historiografía

- PASAMAR, G. (1991): *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*. Universidad de Zaragoza,
- PEIRÓ, I. (1996): *Los guardianes de la historia*, Zaragoza, IFC.

PASAMAR, G., PEIRÓ, I.: *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos 1840-1980*, Madrid, Akal, 2000.

CASANOVA, J. (1991): *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*, Barcelona, Crítica.

Siglo XIX. Historia política y social.

FRANCO DE ESPÉS, C. (1989): *La crisis del Antiguo Régimen en Aragón. El crepúsculo de los señores (1776-1843)*, Tesis Doctoral.

MARTÍNEZ DE ESPRONCEDA, G. (1997): *Los diputados aragoneses de la Gloriosa a la Primera República (1868-1873)*, Zaragoza, Ed. Cortes de Aragón.

RÚJULA, P. (1995): *Rebeldía campesina y primer carlismo*, Zaragoza, DGA.

RÚJULA, P. (1998): *Contrarrevolución. Realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo 1820-1840*. Zaragoza, PUZ.

RÚJULA, P. (de.): *Aceite, carlismo y conservadurismo político. El Bajo Aragón durante el siglo XIX*, "Alcannis", nº 5, Alcañiz;.

FRÍAS, C. (1992): *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón. Procesos electorales y comportamientos políticos 1875-1898*, Ayuntamiento de Huesca.

SERRANO, M. (1997): *La Restauración en Zaragoza 1875-1907*, Tesis Doctoral inédita.

Siglo XX. Historia política y social.

VICENTE, L. (1993): *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza 1916-23*, Zaragoza, IFC.

ALVAR, L. (1996): *La prensa de masas en Zaragoza. Profesionalización y desarrollo empresarial 1910-1936*, Zaragoza, IFC.

BUENO, I. (1995): *Burguesía y clases medias en la ciudad de Zaragoza en el periodo de entreguerras 1918-1936*, Tesis Doctoral.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, E. (1996 ss.): *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera 1923-1930*, 4 vols. Ibercaja, Zaragoza.

MONTAÑÉS, E. (1989): *Anarcosindicalismo y cambio político. Zaragoza 1930-1936*, Zaragoza, IFC.

ARDID, M. (1996): *Propiedad inmobiliaria y actuación municipal en la Zaragoza de la Segunda República*, Zaragoza, IFC.

CASANOVA, J. (1985): *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa (1936-38)*, Madrid, Siglo XXI.

CASANOVA, J., CENARRO, A., CIFUENTES, J., MALUENDA, P., SALOMÓN, P., (1992): *El pasado oculto. Violencia y fascismo en Aragón (1936-39)*, Madrid, Siglo XXI.

CIFUENTES, J., MALUENDA, P. (1995): *El asalto a la república. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-39)*, Zaragoza, IFC.

- CENARRO, A. (1997): *Cruzados y camisas azules. Orígenes del franquismo en Aragón 1936-1945*, Universidad de Zaragoza.
- BONSÓN, A. (1995): *Joaquín Maurín (1896-1973). El impulso moral de hacer política*, Huesca, IEA.
- BONSÓN, A. : *Tal como eran: la transición en la provincia de Huesca (1975-1982)*.
- FORCADELL, C., Coord. (1997): *Andalán 1972-1987. Los espejos de la memoria*, Ibercaja, Zaragoza.
- YUSTA, M. (1998): *La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense 1940-1950*, Zaragoza, IFC.
- BLASCO, I. (1997): *Armas femeninas para la contrarrevolución. La Sección Femenina en Aragón 1936-1950*, Tesis de Licenciatura, Universidad de Zaragoza.
- RÚJULA, P. Coord. (1997): *Entre el orden de los propietarios y los sueños de rebeldía. El Bajo Aragón y el Maestrazgo durante el siglo XX*, Alcañiz.

Historias locales

- PEIRÓ, I. y RÚJULA, P. eds. (1998): *La historia local en la España contemporánea. Estudios y reflexiones desde Aragón* (Actas del I Congreso de historia local aragonesa, Mas de Las Matas, 1997), L'Avenç-Universidad de Zaragoza.
- Metodología de la investigación científica sobre fuentes aragonesas*, 10 volúmenes, Zaragoza, ICE, 1985-1995.
- LAFOZ, H., RÚJULA, P. (1995): *Historia de Borja. La formación histórica de una ciudad*, Aytº Borja.
- SABIO, A. (1997): *A las puertas de la memoria. La historia local en Samper de Calanda 1850-1970*, Aytº de Samper.
- RÚJULA, P. (1998): *Alcorisa. El mundo contemporáneo en el Aragón rural*, Aytº de Alcorisa.